

Pseudónimo: elprismasombríodelasociedad

Made in clandestinidad china

Parte de la comunidad china, residente en Mallorca, crea restaurantes ocultos de comida asiática para ejercer el tráfico ilegal de personas

No es *Zara*, ni globalización. Tampoco es *McDonalds*, crisis, *Facebook* o dólar. Está presente en millones de productos e, inevitablemente, penetra en la retina de miles de personas a cada segundo. Teléfonos móviles, jerséis, tostadoras, lápices... Gran parte de lo que nos rodea cuenta con su firma. Aquello que más se escribe al final del día, en todo el mundo, es *Made in China*. Encontrar un producto que no cuente con la ‘frase universal’ es ardua tarea. Pero, ¿qué tiene de China el resto del mundo? ¿O qué tiene el mundo que provenga de China?

Según la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI), las exportaciones de China han generado 1.663 billones de euros en 2013. Una cifra que, según el Ministerio de Economía de España, supera casi ocho veces el dinero producido por las remesas españolas. Estos números representan más que datos. Son la creación de un imperio. El gigante asiático ha experimentado un superávit abrumador. El diario *New York Times* afirma que solo la empresa *Apple* tiene contratados a 230.000 trabajadores en el país asiático. Este total podría conformar toda la población de Gijón. China es grandiosa. Desde todas las caras del prisma; gran cantidad de población activa, mayor preparación y eficiencia y excesiva capacidad de reacción, que pocos países se atreverían a exigir. Sin embargo, su éxito no se limita a las fronteras del país.

Aparcar el coche en plena ciudad es complicado. Hay que estar pendiente del entorno porque nunca sabes qué, o quién, puede aparecer. Eran las 23 horas de una noche de septiembre. Y apareció. La calle, típica travesía de una avenida principal de Palma, era estrecha. Había coches estacionados a ambos lados, por lo que maniobrar era difícil. En la acera izquierda, una puerta de hierro, oxidada, se abre. Un joven de rasgos asiáticos sale a toda prisa con una bolsa de plástico blanco en la mano derecha. En la otra, un casco de motocicleta. Parece un repartidor de comida china pero resulta inverosímil. No

hay ningún restaurante chino en la zona. La penumbra es la dueña de la calle. Hay que estacionar rápidamente para averiguar de dónde ha salido.

Esa noche, la suerte está vigente. La vieja puerta se encuentra entreabierta con un cajón de plástico rojo. Al otro lado, una escena imposible de olvidar. Parece una vivienda con sus sofás, mesa de comedor, cuadros y jarrones. En el salón, varios niños corretean descalzos y juegan con una pelota entre bidones de plástico transparente, repletos de salsa agridulce. Al fondo de la vivienda, cuatro fogones y numerosos chinos cocinan a destajo. Sin levantar la mirada de las sartenes. Ni un segundo. Afuera, ningún vecino está dispuesto a ofrecer declaraciones. Cómo explicar aquello que no es un restaurante, pero tampoco una vivienda. Imposible. Improbable. Ilegal.

En Europa ya no son los recién llegados. Sino los dueños del mercado. Restaurantes, peluquerías, ultramarinos, cafeterías, estancos... No existe mejor fuente de información que el sentido de la vista para afirmar que los negocios chinos se propagan como la pólvora. En cada barrio existe un establecimiento asiático, dispuesto a trabajar a destajo para satisfacer las necesidades que otra empresa no puede ofrecer. Sin embargo, éste no es el éxito de su extensión. El imperio chino es invisible. Su ventaja competitiva no consiste en ofrecer mejor calidad. Y aunque no debe confundirse la parte con el todo, su éxito en Europa tiene nombre; vacío legal.

José Antonio era un repartidor de comida china en Palma, hasta que su jefe decidió despedirle. El miedo a posibles represalias suscita en él un interés especial por preservar su identidad. “Sus razones fueron explícitas. Yo era español. Había llegado un compatriota chino a Palma que necesitaba mi puesto de trabajo. Así que yo sobraba”, afirma el joven. Preguntar por qué no tomó medidas legales es irrisorio. Las condiciones laborales de José Antonio eran insostenibles. No tenía un contrato laboral regulado. Tampoco un sueldo fijo. “Pero el hambre es el hambre y debía mantener a mi familia”, reconoce avergonzado mientras agacha la mirada.

Al preguntarle para qué restaurante trabajaba, José Antonio esboza una carcajada: “He dicho que repartía comida china”. A pesar de mostrarse reticente, reflexiona y ofrece una última declaración. “Mira a tu alrededor. Existen muchísimos restaurantes chinos, ¿los ves? Pues más te sorprenderían todos aquellos que están. Pero no se ven”, afirma José Antonio con una contundencia abrumadora.

Según la Asociación Mallorquina de Cafeterías, Bares y Restaurantes, Mallorca cuenta con 81 restaurantes de comida china legalizados, de los cuales 34 se sitúan en la ciudad de Palma. Este total de establecimientos podría considerarse aceptable si se comparase con la superficie de la isla por metros cuadrados. Sin embargo, las cifras son alarmantes si se tiene en cuenta que por cada restaurante *Mcdonalds* existen cinco establecimientos de restauración china. La franquicia americana de comida rápida, que genera un beneficio neto de 4.551 millones de dólares anuales y está presente en 119 países de todo el mundo, ha empezado a vivirlo. El *Big Mag* comienza a experimentar las devastadoras consecuencias de la irrupción del gigante asiático. Inconcebible, pero real.

Aparentemente es inviable que una persona española pueda corroborar las afirmaciones de este repartidor. Y es que el hermetismo es la principal característica de la comunidad china. Pero nada es impermeable. Siempre existe una fuga, una vía de escape. Y de escapar trata la historia de Roberto. De nacionalidad española y con padres chinos, este joven que no supera los 30 años nació en Mallorca, donde pasó toda su infancia y adolescencia. Ya no mantiene relación con su familia china. Tampoco conserva su nombre asiático. Decidió acudir al Registro Civil y cambiarlo. Sin embargo prefiere aportar un simple y supuesto nombre a esta historia. Él también teme por su integridad.

Roberto estudió en los mejores colegios de la isla y vivía, con su familia, en una de las casas más lujosas que puedan imaginarse. Su educación y desarrollo fueron tan ejemplarizantes como fastuosos. “Pero un día decidí encauzar mi vida y alejarme de toda clandestinidad”, cuenta el joven. Ahora Roberto vive en otra capital europea. Desde la lejanía, los miedos empiezan a tomar distancia. Y la necesidad de hablar adquiere fuerza.

“Un importante miembro de mi familia empezó a ejercer el tráfico de personas chinas hace años. Los traía desde Pekín hasta Mallorca a cambio de 80.000 euros. Con ese dinero se les garantizaba la obtención de varios pasaportes falsificados y un escondite donde refugiarse hasta conseguir regularizar su situación en España”, afirma el joven con una frialdad absoluta. Así es como Roberto explica la exuberante economía que existía en su núcleo familiar. “China parece tenerlo todo pero es simple apariencia. Muchísimas personas desean salir del país y están dispuestas a pagar por ello lo que fuere necesario”, añade sin apenas titubear.

El nexo entre el relato de José Antonio y el de Roberto no tarda en aparecer. “El negocio no termina aquí. Estas personas no solo pagan una cuantía enorme de dinero por llegar a Mallorca sino que una vez aquí son explotados. Los pisos donde esconden son los mismos donde trabajan a destajo cocinando”, asegura Roberto sin dejar lugar a dudas.

El joven manifiesta que estas viviendas están asociadas con restaurantes legales que cuentan con un gran volumen de trabajo: “Sus fogones no dan abasto. Es entonces cuando llaman a estos pisos, donde se encargan de elaborar y proporcionar la comida al cliente. Los jefes de estas viviendas reciben una comisión en función de lo cocinado”. En cambio, según Roberto, otros pisos clandestinos son, simplemente, un negocio independiente. “¿Te has parado a observar cuántos folletos de publicidad de comida china carecen de una dirección geográfica o ubicación específica?”, sugiere el joven entre sonrisas. Legalidad, salubridad y derechos del trabajador son aspectos tan importantes como ausentes en este ‘negocio’.

Para Roberto, este entramado constituye uno de los negocios más jerarquizados y peligrosos de la sociedad. El joven advierte, incluso, que la ilegalidad de sus operaciones podría llegar a quebrantar el sistema económico de un país. “Es un bucle sin fin. Esos 80.000 euros salen, sin declarar a la Agencia Tributaria, con destino a China. En otras ocasiones, ese capital fraudulento se queda en la isla para financiar la apertura de nuevos negocios minoristas de otros compatriotas chinos. Aquí el porqué de su propagación”, declara Roberto, con tono enfurecido. Además, según una funcionaria del Departamento de Inteligencia de la Agencia de Turismo de Baleares (ATB), estas afirmaciones están vigentes en la sociedad. “Todos sus negocios son extraoficiales, quedan en familia. Es un dato que la mayoría de funcionarios conocemos. Pero cómo corroborar algo que se esconde”, añade la funcionaria sin temor.

Según la Dirección General de la Policía Nacional, hace apenas un año detuvieron a 51 personas chinas en España por tráfico de compatriotas. Varios de ellos se localizaron en el aeropuerto Son Sant Joan, de Palma. Sin embargo, el silencio de los detenidos no permitió descubrir qué tipo de prácticas ilegales se escondían detrás. Por otra parte, la Agencia Tributaria considera imposible cuantificar el dinero que estas organizaciones son capaces de generar. “Se trata de una economía sumergida que daña enormemente el ámbito micro y macroeconómico”, afirman desde el organismo público.

La Asociación China en Baleares no ha querido pronunciarse al respecto. Sin embargo, al preguntar a Ling Mei Du, una de las pocas abogadas chinas en Baleares, por la existencia de estos establecimientos ilegales, la respuesta es rotunda: “No voy a hablar. Los chinos funcionamos de otra manera. Cada uno se busca sus contactos. Se busca la vida por su cuenta”. La señal intermitente a través de teléfono indica que la conversación ha acabado. Sugiere alejarse del entramado.

A pesar de ello, existen muchas personas de la comunidad china que se esfuerzan por conseguir mayor calidad de vida a base de esfuerzo y trabajo legal. Personas que residen en España de forma reglamentada. Gente que representa un colectivo digno, incomparable con un segmento sombrío. Probablemente este entramado constituya la gota de un océano, la grieta de una muralla... La parte de un conjunto. Pero esa fracción empieza a ser una gran proporción. Y parece no tener freno hasta que España no sea española. Sino *Made in China*.